

BLANCOS

CORTESIA MOTORIZADA

Por LUIS AMADO-BLANCO

(De la Redacción de
INFORMACION)

Ahora que se va a poner en vigor el Nuevo Reglamento del Tránsito, yo quiero hablar de la Cortesía. No se trata de poner en práctica aquel famoso método con el que nuestros tios aprendieron lenguas e x t r a ñ e r a s . Aprendizaje originalísimo para ir entrando en el misterio de las palabras de otros idiomas por el camino del absurdo: "¿Tiene usted el libro de mi Hermana?" — "No, pero tengo las zapatillas de su Tía". De ninguna manera. Pero yo, que soy tal vez por madura edad un tanto escéptico, me da ahora por creer muy poco en la efectividad de las leyes públicas, y tener fe en las leyes privadas, aquellas que por hábito forman parte consubstancial de nosotros mismos. Por mucho que proteste la actual pedagogía, por mucho que ponga el grito en el cielo la moderna psicología, es una realidad dolorosa que "la letra con sangre entra", y si no con sangre precisamente sí con autoridad y con castigo. Si esto no fuera así la policía y los ejércitos estarían de sobra en la paz paradisiaca de este mundo. Por lo que doy en suponer que mientras los encargados del debido cumplimiento del Tránsito cumplan celosamente con su misión, el terrible porcentaje de accidentes, que a todos nos asusta, bajará algo, tal vez lo suficiente para sentirnos reconfortados con las drásticas medidas, pero jamás lo debido para que salgamos a la calle con la tranquilidad del paseante motorizado de un país respetuoso y comedido, como en Inglaterra pongamos por ejemplo.

Que me perdone Isidro Méndez, tan fiel guardián de los puntos y comas de Martí, pero aquello de que "nuestro vino es amargo pero es nuestro vino", que dijo el Apóstol, estaba muy bien para el fiero patriotismo de la guerra, pero no para la armonía de la paz y por lo tanto para el amoroso intercambio internacional de los productos. Yo estoy muy contento, muy satisfecho y muy orgulloso de haber llegado



a ser cubano con todo deber y todo derecho, de que mis hijos lo sean por nacimiento, pero esta felicidad no me ciega hasta dejar de comprender que los ingleses, a fuerza de tradición y por lo tanto de las empolvadas pelucas de sus jueces, a fuerza de fineza y de buenos modos, a fuerza del ejemplo de sus gentlemen característicos, han llegado a formar el pueblo más pueblo del orbe, cada cual en su sitio y la cortesía y las buenas maneras por el medio como razón suprema de coexistencia feliz, nadie más allá de sus deberes para que los derechos individuales no sufran con el roce. Por desgracia, desde hace unos veinte años para acá, desde la revolución contra Machado —para ser más precisos— no sé por qué causa misteriosa, nos hemos empeñado en practicar la chabacanería y los modos de la selva, cada cual sintiéndose rey y señor de los destinos de la calle. "De raza le viene al galgo", dice el refrán. Y como quieras o no quieras somos hispánicos y por lo tanto discosos, con una innata tendencia hacia el anarquismo, esa terrible moda del "sálveme yo y húndase quién sea", nos está llevando hacia el desastre cotidiano de por lo menos treinta y cinco muertos al mes en los accidentes del tránsito. Claro que los norteamericanos tienen también su culpa, venga de fabricar potentísimos motores para el mucho consumo de la gasolina y para el aplastamiento al primer descuido; pero lo más importante, por donde anda el quid del asunto es la falta de cortesía motorizada, mucho más patente aún que la falta de cortesía a pie, con las manos en los bolsillos. Hace unos ventidós años, nada menos que Don José Ortega y Gasset publicaba en su famosa "Revista de Occidente", un hondísimo trabajo sobre las fatales consecuencias que la ausencia de buenas maneras acarrea al género humano. No se trata de lucir, sino de convivir, de hacernos agradable la vida, evitando, por lo menos, el andar por la existencia dándonos pisotones; de no echarnos el automóvil encima por ganar unos segundos con una prisa que sólo puede conducirnos hacia la muerte. Hasta en nuestra actual insensatez se habla de la razón, del derecho, del "me ampara la ley", aunque esos supuestos fallos ajenos hayan sumado otro accidente mortal en la vía pública. Sí en vez de todas esas bárbaras maneras de pensar practicáramos el "pase usted primero, no faltaría más", las calles de la República serían una delicia y llegaríamos a nuestro trabajo con unos segundos de re-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

7

2

traso, y París bien vale una misa. Unos segundos tan solo, pues los últimos experimentos hechos en la Babel del Norte han demostrado, hasta la saciedad, que de ir como locos de un lado al otro de la ciudad faltando a todas las leyes, a ir con toda mesura, suponen únicamente unos segundos, quizás minuto y medio en veinte kilómetros capitalinos. En resumen, nada. Un poco de arena que se lleva el viento al lado de la seguridad de nuestras personas.

Por fortuna no estamos dejados de la mano de Dios. Cada día encuentro por ahí más caballeros, más hombres y mujeres que han reaccionado ante los problemas del tránsito con la sencilla práctica de la buena educación y de los buenos modos. Pocos aún,

pero los suficientes para predicar con el ejemplo. Los suficientes para enseñarles a esos insensatos de la velocidad y del "yo primero", de la brava selvática, que se gana mucho más yendo el último en la fila. Si no se dan cuenta de las ventajas, venga la ley sobre sus cabezas. Y si aún esto resulta pobre para su irracionalismo, entonces pongamos el asunto en manos del Ministerio de Salubridad. No sólo de pan vive el hombre. No sólo de in-

fecciones debe preocuparse el Médico Rector de nuestra Salud Pública. Andamos por los bordes de la psicosis colectiva, del vértigo, de un proceso maligno de la hipertrofia del yo motorizado, y entonces, vive Dios, que se precisa de un adecuado médico tratamiento, en el que por si acaso, no se debe olvidar la descalificación y la ruptura de las carteras dactilares, por aquello de que los enfermos deben tener sus limitaciones.

Sup. Julio 27/55

